

¿YA LLEGAMOS? MORRIS BERMAN

ensayo sextopiso

TRADUCCIÓN DE
JUAN ANTONIO OTERO Y EDUARDO RABASA

**¿Ya llegamos?
Pensamientos de una década**

TRADUCCIÓN DE JUAN ANTONIO OTERO
Y EDUARDO RABASA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original: *Are We There Yet?*

Copyright © MORRIS BERMAN, 2022

Primera edición: 2022

Traducción

© JUAN ANTONIO OTERO MARTÍNEZ

© EDUARDO RABASA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2022

América 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño de portada:

JOAQUÍN GALLEGO

Formación:

REBECA MARTÍNEZ

ISBN: 978-607-8619-60-3

Impreso en México

El camino a través del mundo
es más difícil de hallar que el camino más allá de él.
—Wallace Stevens, «Respuesta a Papini».

ÍNDICE

NOTA PARA EL LECTOR	11
---------------------	----

PRIMERA PARTE

NORTEAMÉRICA EN DECLIVE	13
-------------------------	----

1. Una bifurcación en el camino	15
2. De vuelta a Jonathan Swift	21
3. <i>Super Sad True Love Story</i>	29
4. ¿La deuda es el nuevo karma? Por qué finalmente se desmoronó Norteamérica	35
5. Arrastrándose hacia Núremberg	49
6. 11-S y contando: ¿Qué tan lejos hemos llegado?	67
7. ¡EPA!	83
8. <i>Rainbow Pie</i>	89
9. ¿Por qué el Imperio estadounidense estaba destinado al colapso?	95
10. Una farsa llamada Hillary	107
11. «Los estadounidenses tienen puré de verduras en la cabeza»	113
12. La cultura estadounidense del «yo, mí, me, conmigo»	127
13. De oportunistas a mafiosos: los dos extremos del espectro histórico	137
14. Los hermanos	143
15. Por fin, la lucha de clases quedó al descubierto; o por qué Donald Trump ganó la elección	151

16. El ascenso del declinismo: Sean Posey entrevista a Morris Berman	161
--	-----

SEGUNDA PARTE

CUESTIONES DE IDENTIDAD	175
-------------------------	-----

17. <i>In Treatment</i>	177
18. La tensión existencial	183
19. Transferencia, ideología y la naturaleza de la obsesión	189
20. La estética del vacío	193
21. Rusia mía	199
22. <i>Shane</i>	205
23. Pensamientos sobre Proust	209
24. ¿Hay vida después de los paradigmas?	215

TERCERA PARTE

¿YA LLEGAMOS?	221
---------------	-----

25. Pitirim Sorokin	223
26. <i>El elogio de la sombra</i>	227
27. El sabio americano	239
28. Amar y sobrevivir	249
29. <i>McFarland, E.U.</i>	257
30. Una arruga en el tiempo	269
31. El Proceso Dual: el único juego disponible	275
32. De tamaño y escala	291

NOTA PARA EL LECTOR

¿Ya llegamos? es la continuación de una compilación de ensayos que publiqué en 2011, con el título *Cuestión de valores*. Los ensayos de este segundo volumen abarcan el periodo 2011-2020, y de ahí el subtítulo *Pensamientos de una década*. En ciertos casos, los ensayos se publicaron primero en español; unos cuantos se expusieron como conferencias. En su mayoría, reproduzco aquí dicha edición original —si bien con cambios menores para evitar anacronismos—, de modo que su contenido es, en esencia, el mismo (hay que señalar que varios textos de la presente compilación no aparecieron en la edición original en inglés de la obra; son los números: 14, 16, 22, 23, 24 y 32).

PRIMERA PARTE
NORTEAMÉRICA EN DECLIVE

1. UNA BIFURCACIÓN EN EL CAMINO*

Hay una hipótesis según la cual la verdadera causa del colapso de Roma fue puramente química: los romanos elaboraban sus cubiertos con plomo, sustancia que, poco a poco, a través del uso constante, contaminó sus alimentos, de allí pasó a su torrente sanguíneo y, por último, al cerebro, que se fue deteriorando con el transcurso del tiempo. La mayoría de los historiadores no dan mucho crédito a esta teoría, pues la consideran, y con razón, unidimensional y de orden meramente material, distante de los factores económicos y sociales que, a todas luces, desgastaron a Roma —junto a su excesiva expansión—; sin embargo, cabe preguntarse si quizá hay algo de verdad en ella, por poca que sea. Tal vez fue un factor en el drama general, una porción de las fuerzas cuya sinergia llevó al declive del antiguo imperio.

Pensaba en lo anterior mientras me ocupaba en reunir evidencia a favor de la idea de que, en un sentido mecánico, material, los norteamericanos puedan también estar destruyendo sus cerebros. Hoy se sabe que el uso constante del teléfono celular es posible causa de tumores cerebrales, aunque la evidencia no es, por el momento, concluyente; parece definitiva, en cambio, respecto a los efectos secundarios de la utilización de pantallas (televisión, internet, libros electrónicos,

* El título original de este ensayo es «A Fork in the Road». El vocablo inglés *fork* quiere decir «bifurcación» así como «tenedor». En el texto se usa en ambos sentidos, lo que implica un juego de palabras intraducible. (N. del T.)

** Los artículos de Marcia Angell a los que se hace referencia pueden encontrarse en la *New York Review of Books* del 23 de junio y del 14 de julio de 2011. Para los estudios sobre los efectos (anti)sociales de las pantallas, véase *Alone Together* y *Reclaiming Conversation*, de Sherry Turkle (véase el ensayo 2, más adelante).

mensajes de texto) y la multifuncionalidad que suele acompañarla. El cúmulo de información al respecto es enorme, recogida como está en artículos publicados a lo largo de las dos últimas décadas en revistas como *Harper's*, *Atlantic Monthly*, el *New Yorker* y el *New Atlantis*, y que se discute, con lujo de detalle, en el libro *Superficiales: ¿qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, de Nicholas Carr (en especial, véanse los estudios de Walter Kirn, Christine Rosen y Maryanne Wolf de la Universidad de Tufts). Se ha descubierto que el hecho de mirar pantallas de manera persistente produce alteraciones en el cerebro, y no de orden benéfico. El estar constantemente frente a una pantalla provoca un efecto parecido al consumo de marihuana. Por ello, no debería sorprendernos demasiado que, de manera concomitante a la llamada revolución informática, se haya producido un atontamiento de la población estadounidense, aunque por supuesto hay otros factores involucrados (por ejemplo, la mercantilización de la educación). Pero, a diferencia del tenedor de los romanos, que como agente material es muy discutible, este otro factor puede considerarse inequívoco.

Resulta también interesante (o espantoso, según mi punto de vista) lo que parece haberle ocurrido al cerebro norteamericano a causa del desplazamiento, en psiquiatría, de lo terapéutico hacia lo farmacológico. Hay tres estudios, amplios y muy bien documentados, donde se argumenta que abundan las inconsistencias en el modelo de enfermedad mental con causa en la química del cerebro: *The Emperor's New Drugs* [Las nuevas drogas del emperador], de Irving Kirsch (psicólogo de la Universidad de Hull en Inglaterra); *Anatomía de una epidemia*, de Robert Whitaker (autor de un estudio sobre la historia del tratamiento de las enfermedades mentales); y *Unhinged* [Fuera de quicio], de Daniel Carlat (psiquiatra de Boston). Los tres autores gozan de amplio prestigio en sus áreas. En la *New York Review of Books*, Marcia Angell presenta, en dos artículos, las conclusiones de estos autores, junto a una discusión de la biblia de la psiquiatría, el *DSM* (*Diagnostic and Statistical Manual*

of *Mental Disorders*, actualmente en su quinta edición).* El panorama general es bastante desalentador.

Empecemos por las estadísticas: entre 1987 y 2007, el número de personas con alguna limitante causada por enfermedad mental, lo suficientemente grave como para ameritar la seguridad social suplementaria, o el seguro social por discapacidad,** aumentó 2,5 veces, de modo que, ahora, uno de cada setenta y seis estadounidenses entra en esta categoría (¡sorprendente estadística!). Durante el mismo periodo, el incremento en niños fue de treinta y cinco veces; en este grupo poblacional, las enfermedades mentales son, hoy en día, la primera causa de discapacidad. En marzo del 2001, el Instituto Nacional de Salud Mental (NIMH, por sus siglas en inglés) realizó una encuesta a adultos estadounidenses, en la que descubrió que el 46% reunían los requisitos de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría para ser considerados enfermos mentales en algún momento de sus vidas. En la actualidad, el 10% de los norteamericanos mayores de seis años toman antidepresivos, y en alguna otra parte leí que, en términos del mercado global (es decir, ventas en dólares) el consumo estadounidense de dichos medicamentos asciende a dos tercios del consumo mundial total; esto sucede en un país que constituye el 4.2% de la población del planeta. Aun así, y tal como lo documenta Ethan Watters en *Crazy Like Us: The Globalization of the American Psyche* [Locos como nosotros: la globalización de la psique estadounidense]: «Nosotros somos el virus: al introducir métodos de tratamiento americanizador para las enfermedades mentales, de hecho las estamos esparciendo».

Buena parte de esta propagación (tanto en Estados Unidos como en otros países), como lo señala la doctora Angell, tiene una motivación económica: si afirmas que la causa de la enfermedad mental es un desequilibrio en la química del cere-

* *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. (N. del T.)

** En el original: «Supplemental Security Income or Social Security Disability Insurance». (N. del T.)

bro, la «solución» obvia es una píldora que habrá de restaurar dicho equilibrio, y casualmente allí están Pfizer, Eli Lilly y demás para comercializar Zoloft, Prozac, Risperdal, etc., y con ello amasar fortunas. La autora escribe que estas compañías, «a través de diversas estrategias mercadotécnicas, tanto legales como ilegales —y lo que muchos llamarían soborno— han llegado a determinar en qué consiste una enfermedad mental y cómo dichos trastornos han de diagnosticarse y tratarse». Ahora bien, el argumento de la química cerebral, tal como aducen los tres autores que ella comenta, esconde una importante falacia lógica. Se descubrió que ciertos fármacos psicoactivos afectan los niveles de la neurotransmisión cerebral, y de aquí se concluyó que «la causa de la enfermedad mental es una anomalía en la concentración de estos químicos en el cerebro, que se contrarresta de manera específica con el suministro del medicamento adecuado». Como lo apunta Daniel Carlat, con esta misma lógica uno podría argumentar que la causa de cualquier dolor es una deficiencia de opiáceos, o que las jaquecas aparecen al haber muy poca aspirina en nuestro organismo. En pocas palabras, se pone la lógica al revés, y en lo que concierne a la evidencia empírica, brilla por su ausencia. Se ha demostrado, a lo largo de décadas de investigaciones, que la función de los neurotransmisores en enfermos mentales es normal antes del tratamiento. (Habría que preguntarse también sobre el conjunto de la industria relacionada con el colesterol. Leí un estudio que indicaba que la mitad de los estadounidenses que han sufrido ataques cardíacos tenían bajo nivel de este lípido, pero esa es otra historia).

Sin embargo, este tipo de investigaciones no suelen salir a la luz pública, pues al dar resultados negativos en cuanto a la eficacia del medicamento «se dejan acumulando polvo dentro de la FDA [Food and Drug Administration]... Esta práctica influye en modo considerable la literatura médica, la formación de los médicos y las decisiones para los tratamientos». Los estudios positivos de las compañías farmacéuticas son objeto de amplia difusión; los negativos, se suprimen. ¡Y abunda la

evidencia de que lo que causa la enfermedad mental son los fármacos! La esquizofrenia y la depresión solían ser episódicas, intercaladas con largos periodos de normalidad. Ahora son crónicas y de por vida. El consumo de medicamentos psicoactivos a largo plazo, aduce Steve Hyman (antiguo director del NIMH, y ex rector de la Universidad de Harvard) produce «alteraciones duraderas y sustanciales en la función neuronal». En otras palabras, incluso tras pocas semanas de consumir medicamentos, el cerebro comienza a funcionar de manera distinta. Surgen complejas reacciones en cadena, lo que requiere de fármacos adicionales para contrarrestar los efectos secundarios de los primeros. Una investigadora, Nancy Andreasen, ha publicado evidencia relativa al vínculo entre el consumo de medicamentos antipsicóticos y la mengua del cerebro: atrofia del córtex prefrontal (esto sí llegó a ser del dominio público, específicamente, en el *New York Times* del 15 de septiembre del 2008).

La revisión que hace Angell del *DSM* también produce escalofrío. Resulta que muchas de las decisiones relativas a qué se debe considerar enfermedad mental han sido arbitrarias, incluso extravagantes. George Vaillant, profesor de psiquiatría en la Escuela de Medicina de Harvard, escribió en 1984 que ese manual constituía «una serie de osadas decisiones, basadas en la conjetura, el gusto, la esperanza y el prejuicio». De hecho, el *DSM* no tiene citas de estudios científicos que sustenten tales decisiones, de modo que la «ciencia» de esta obra es dudosa. Pero volvamos al factor económico. He aquí que las compañías farmacéuticas prodigan dádivas y grandes atenciones a los psiquiatras: obsequios, muestras gratis, comidas suntuosas, boletos de avión para conferencias y trabajos como asesores y oradores. De los ciento setenta colaboradores de la versión actual del manual (el *DSM-IV-TR*) noventa y cinco tienen nexos financieros con las compañías farmacéuticas, incluidos todos los colaboradores de las secciones dedicadas a los trastornos del estado de ánimo y la esquizofrenia. Lo que estos samaritanos hacen es extender las fronteras del diagnós-

tico o crear diagnósticos inéditos, nuevas «enfermedades» que embonan a la perfección con las metas financieras de las compañías que los contratan. David Kupfer, dirigente del equipo de trabajo que se ocupó de la quinta edición del *DSM*, antes de su compromiso en este encargo, fue consultor de Eli Lilly, Forest Pharmaceuticals, Solvay/Wyeth Pharmaceuticals, Johnson & Johnson y Servier y Lundbeck. Vaya extraordinaria sorpresa, que la ya larga lista de trastornos mentales será aún más larga en la nueva edición. ¿Y la «ciencia»? Bien, gracias.

Parece ser, pues, que tenemos nuestro propio tenedor de plomo, avanzando por la misma vía por la que dicha sustancia pudo haber en efecto alcanzado el sistema nervioso de los romanos. Se trata de una combinación de muchas cosas, entre las que se cuenta la veneración estadounidense por la tecnología, la búsqueda de respuestas fáciles —e individualistas— y una avidez de ganancias tan grande que a Lilly y compañía no podría importarles menos si dañan o no a la población estadounidense. De manera semejante, es muy improbable que la literatura médica acerca del cáncer y la telefonía celular, o sobre el daño neurológico por el empleo de pantallas, o sobre las enfermedades mentales iatrogénicas (es decir, causadas por los propios médicos o por la *Big Pharma**) cambien en algo la situación, ya que tomamos *the fork in the road* hace décadas, tanto en psiquiatría como en las telecomunicaciones, y volver sobre nuestros pasos parece prácticamente imposible en este momento. Y hacia donde se dirige el cerebro, allá va nuestra nación.

* *Big Pharma* es un término que designa las mayores empresas farmacéuticas de Estados Unidos. (N. del T.)

2. DE VUELTA A JONATHAN SWIFT

Siguiendo el hilo del ensayo anterior, algo con lo que me quedo, a propósito de los artículos de Marcia Angell en la *New York Review of Books*, es el efecto que tiene en nuestros niños el modelo de salud mental de la llamada «Una mejor vida con la química». Tal parece que los trastornos mentales son, hoy por hoy, la primera causa de discapacidad en este grupo de la población. Uno puede encontrarse en la web con numerosos estudios sobre los efectos que tiene el Prozac en infantes, derivados del consumo de este fármaco por parte de sus madres durante el embarazo o la lactancia: autismo, defectos del corazón, alimentación deficiente, insomnio. No parecen las condiciones ideales para venir a este mundo.

Todavía más, está el hecho de que, en Estados Unidos, un cierto porcentaje de los párvulos de preescolar consumen antidepressivos —me fue imposible precisar la cifra actual—. La imagen de un pequeño de tres años tomando Zoloft me parece sencillamente aterradora, a la manera de *Un mundo feliz*. Debe tratarse de un terrible error; es como un modo de destruir el Yo del niño, de hacer que, para estas criaturas, la dependencia y la desorientación psicológica se vuelvan el modo «normal» de estar en el mundo. Así pasa en los adultos, como lo han sugerido las investigaciones: el consumo de fármacos antipsicóticos está asociado a la atrofia del córtex prefrontal. Tras apenas pocas semanas de tomar el medicamento, el cerebro comienza a funcionar de modo distinto. ¿Cuánto más potentes y duraderos pueden resultar estos efectos en el caso de un niño pequeño?

Por supuesto, el verdadero incentivo para hacer que niños tan pequeños se vuelvan dependientes de estos fármacos es el dinero. El hecho de que los consuman desde muy temprana

edad asegura un suministro inagotable de clientes a la *Big Pharma* (ver el ensayo 1). No es que haya por ahí un complot, o algo parecido —a la manera de Jonathan Swift (en su célebre ensayo «Una modesta proposición»)— para aniquilar a nuestros pequeños, atrofiando sus procesos intelectuales y emocionales desde los dos años o incluso antes; pero, de llegar a tal cosa, ¿a alguien le importaría? Si el porcentaje de niños menores de cuatro años que consumen antidepresivos sigue en aumento, podrá decirse que, a propósito o no, los estaremos devorando vivos. Aun cuando no hay todavía un veredicto al respecto, las señales no son, para nada, halagüeñas.

En cambio, en lo relativo a las pantallas, que tan ostentadamente invaden la sociedad norteamericana con cosas como Facebook y Twitter, no cabe mucha duda: estos sí que aniquilan. Como lo muestra Sherry Turkle en *Alone Together* [Juntos en soledad] y *Reclaiming Conversation* [Recuperar la conversación], la tan cacareada idea de la «comunidad virtual» acabó siendo un embuste. Lo que en realidad tenemos es más alienación y depresión. Todas estas redes sociales y sus dispositivos nos venden una falsa intimidad, puesto que, si estamos a solas en casa, con una pantalla, la realidad es esa, no otra. Echemos un pequeño vistazo a las evidencias.

En 1998, un equipo de investigadores de la Carnegie Mellon University publicó un estudio empírico con el título «La paradoja de Internet». En él demostraron que la gente, al año o dos de estar en línea, experimentaba una disminución en la intensidad de sus relaciones sociales, así como una merma en su bienestar psicológico. Los investigadores también descubrieron la siguiente asociación: a mayor uso de Internet, menor comunicación familiar, menos cohesión de los círculos sociales de la localidad y más soledad, así como más altos índices de depresión. Los autores concluyeron su estudio sugiriendo que, con el uso de Internet, la gente «sustituye relaciones sociales de mejor calidad con otras empobrecidas, esto es, suple lazos vigorosos con lazos débiles», con las consecuentes repercusiones negativas. Ello hace pensar en el zo-

quete de Mark Zuckerberg, ese pobre millonario que acabó con la única verdadera amistad que tenía (el cofundador de Facebook, Eduardo Saverin) para hacerse de un millón de amigos insustanciales.

Un estudio más reciente, que se llevó a cabo en la Universidad de Michigan para el periodo 1979-2009, reveló que la empatía entre los estudiantes disminuyó 48% durante dicho lapso, mientras que la capacidad de ver las cosas desde la perspectiva de otra persona se redujo 34%. Se vio que estas disminuciones tuvieron lugar principalmente del 2000 al 2009, de lo que se infiere, en términos generales, una correlación con el aislamiento que provoca la tecnología de uso personal y las populares páginas de redes sociales, que se han vuelto parte tan importante de la vida de los estudiantes. En la investigación se considera que lo anterior no es ninguna sorpresa «en un mundo lleno de tecnología desahogada que gira alrededor de las necesidades individuales y la expresión de la propia personalidad». Pero también se trata de la naturaleza de la tecnología, ya que Internet y otros medios electrónicos tienen como fundamento la velocidad, los distractores y una atención que muda rápidamente, mientras que las emociones más elevadas como la empatía y la compasión, según se ha visto, surgen como resultado de procesos neuronales inherentemente lentos. Numerosos estudios han mostrado que, conforme más distraídos nos hacemos, menos capaces somos de experimentar tales emociones, o de ver las cosas a través de los ojos de los demás. En pocas palabras, esta tecnología podría estar menoscabando nuestro sentido de orientación moral, o, por decir lo menos, no resulta convincente la afirmación de que fomenta lo comunitario.

Parece ser también que la manipulación de pantallas está dando lugar a una clase distinta de ser humano, en parte como resultado de la reorganización neuronal que estos dispositivos ocasionan en el cerebro. Como lo señalé en el ensayo anterior, Nicholas Carr ha recopilado gran parte de la evidencia que sustenta este argumento y ha profundizado en ella en *Superficiales*: